



## Remedios para el Imperio. Historia natural y la apropiación del nuevo mundo

Mauricio Nieto Olarte y Alberto G. Flórez Malagón

---



**Edición electrónica**

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/28712>  
ISSN: 1900-5180

**Editor**

Universidad de los Andes

**Edición impresa**

Fecha de publicación: 1 junio 2001  
Paginación: 113-115  
ISSN: 0123-885X

**Referencia electrónica**

Mauricio Nieto Olarte y Alberto G. Flórez Malagón, « Remedios para el Imperio. Historia natural y la apropiación del nuevo mundo », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 09 | 01/06/2001, Publicado el 21 noviembre 2018, consultado el 30 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/28712>

---



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

## Remedios para el Imperio. Historia natural y la apropiación del nuevo mundo

Mauricio Nieto Olarte,  
Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e  
Historia, 2001

Alberto G. Flórez Malagón \*

Este es un trabajo refrescante por varias razones. En primer lugar es un libro bien escrito que supera el estilo árido y descriptivo todavía común en buena parte de los trabajos históricos. Ofrece una narrativa amena y al mismo tiempo aguda sobre un tema en el cual la mayoría de los trabajos, como recuerda el autor, no han dejado de ser “una celebración de los logros de los antepasados compatriotas”, casi siempre como aportes documentales faltos de crítica y de un marco analítico. En segundo lugar, complementando los aportes de autores como Diana Obregón, Olga Restrepo, Jorge Arias de Greiff y Alberto Castrillón, entre los más novedosos, Mauricio Nieto contribuye al considerable crecimiento del interés académico acerca de las dimensiones sociales, políticas y culturales de la ciencia en Colombia y a la sofisticación de estos estudios. Finalmente, aunque el autor no lo enuncie explícitamente, este libro aparece como una contribución a la escuela de estudios culturales que explora la función política de la cultura con una clara perspectiva crítica de las relaciones entre poder y conocimiento, tan levemente tratadas en nuestra historiografía nacional.

El carácter crítico de este nuevo cuerpo de trabajos rechaza, a veces implícitamente, a veces explícitamente, los anteriores estudios que se referían a los “avances” en la historia natural y a la misión civilizadora de la ciencia occidental y que glorificaban e idealizaban a la ciencia y a los científicos. En el caso de Nieto, elegantemente se desmitifican aquellas relaciones causales entre Ilustración e Independencia americana para avanzar, más bien, en la comprensión del imperialismo cultural y su relación con los movimientos políticos americanos y más ampliamente sobre el carácter institucional y político de la historia natural.

Como se enuncia en la introducción del libro, se pretende demostrar cómo la ciencia del siglo XVIII en América, la historia natural y la medicina principalmente, hacen parte de intereses políticos, económicos, y religiosos; que las políticas económicas coloniales estimularon el desarrollo de la farmacia y la taxonomía vegetal, y que dichas prácticas constituyen importantes formas de control tanto de la naturaleza como de la sociedad.

Al explorar las prácticas concretas involucradas en la exploración botánica la historia natural aparece como un medio para construir “una naturaleza doméstica y una humanidad colonizada”. Así se establecen los nexos entre historia natural y política, entre conocimiento y poder, entre “descubrimiento” y posesión.

Si hay algo que puede potenciarse más en este excelente texto es la articulación con corrientes de pensamiento que se han desarrollado por fuera del campo histórico, el cual ha sido tan poco afecto a veces a los desarrollos teóricos. Me refiero en especial al ámbito general de los estudios culturales y quizás más

precisamente a los campos de los estudios poscoloniales y subalternos. Alimentado por importantes autores y autoras, al estilo de Mary Louise Pratt, madre del concepto de “zonas de contacto” y de los clásicos recientes de la crítica al imperialismo como el palestino Edward Said, el texto no se atreve explícitamente a vincularse con esa corriente de pensamiento que hubiera proyectado el análisis, especialmente para superar la crítica anterior a la apropiación de América (la naturaleza) por parte de Europa (la razón). De alguna manera persiste el tema de cómo los pueblos no-occidentales no son disueltos o incorporados por el occidente sino que son fuentes privilegiadas para el conocimiento del Oeste, afirmando de nuevo la dualidad imperial entre el Yo y el Otro.

Como lo ha recordado a menudo Fernando Coronil, es cierto que el descubrimiento y conquista de América es fundamentalmente el descubrimiento e invención de “Europa” y del “Yo” occidental. El progreso histórico ocurre no con los otros sino a costa de ellos. Pero falta explorar la otra opción, la del Occidente más grande que incluye la “diferencia colonial”, aquella que desestabiliza desde adentro sin aludir a la separación entre el Yo y el Otro.

En todo caso, un desplazamiento de la crítica predominante epistemológica del conocimiento europeo en sus propios términos hacia un entendimiento político de la constitución de “Occidente” que incluya un examen de su sistema de categorías es algo a lo que se puede avanzar a partir de este interesante trabajo.

El sutil ataque a argumentos fundamentales de la tradición patria también debe resaltarse en esta obra. Sin pretensiones exageradas y fluyendo naturalmente del texto aparecen las

frases revisionistas que siguen haciendo falta en la historiografía de estas épocas: que el mundo natural fue incorporado al mundo de la propiedad, como lo retoma Nieto de Peter Bowler; que los centros de producción del conocimiento eran los gabinetes y los jardines de los aristócratas más poderosos de la nobleza y no necesariamente de las universidades; que la celebrada manufactura de las ilustraciones botánicas que tanto enorgulleció a los historiadores patrios no fue otra cosa que la simplificación y esquematización de sus objetos de estudio para apropiarse de y desplazar a los objetos naturales; que los intereses locales y comerciales estaban claramente involucrados en el trabajo de los botánicos; que la historia natural no es una empresa de individuos sino una práctica que requiere de una red de cooperación; que el estatus nobiliario no sufrió ningún riesgo bajo los borbones en su afán de “modernización”; o que el estado ilustrado no luchaba necesariamente contra una Iglesia reaccionaria.

Sin embargo, a pesar de estas sugestivas afirmaciones, el autor no completa el diálogo explícito con los trabajos de los historiadores coloniales colombianos y no resultará sorprendente que muchos de ellos no encuentren el espacio para desarrollar el debate ya que el texto presta poca atención a la historiografía local al no referir explícitamente los trabajos que globalmente se pretenden superar.

Al avanzar en la lectura del texto, un punto de partida “natural” que varios autores han referido y que aquí reaparece con gran claridad es el aislamiento en que se encuentra España en el inicio del período Borbónico, uno de cuyos resultados fue la agresiva campaña para promover la actividad científica por las universidades y las

sociedades económicas; para contratar científicos y técnicos extranjeros para que enseñaran e investigaran en España, al tiempo que se ofrecían oportunidades para hacer estudios científicos por fuera de España (cualquier parecido con la actualidad no parece pura coincidencia).

El eje de toda esta actividad era el conocimiento del mundo natural para el mejoramiento del comercio y las manufacturas. Especialmente notables, argumenta el libro, son las Reales Expediciones Botánicas para investigar la flora americana y en especial sus posibles usos medicinales, difícilmente separables de la medicina y de la farmacia. Así de instrumental, el argumento no deja de ser provocador y nos recuerda y aún prepara la tipología de Pratt acerca de la más estructurada y universalizada “vanguardia capitalista” que caracterizará la transformación del mundo de los viajeros en el siglo XIX americano.

El importante referente de Linneo como fuente intelectual para los naturalistas españoles del siglo XVIII no hace más que reafirmar el ejercicio de la clasificación y la taxonomía como esencial para la economía, el comercio y la industria. Por supuesto esto no reñía con la concepción religiosa de un orden en el que la clasificación ilustrada solamente reforzaba la idea del orden divino que se reflejaba en el natural.

Original en el trabajo de Nieto resulta el énfasis en el “traslado” de la naturaleza, para lo cual se prestaba especial cuidado en los manuales de los botánicos para, por ejemplo, “arrancar y transplantar las plantas a países distantes, con el fin de realizar el descubrimiento y clasificación en los jardines botánicos europeos principalmente”, convirtiendo estos “centros de cálculo” como los llama Bruno Latour en los más reconocidos y

prestigiosos mecanismos de la apropiación del mundo natural. No hay que olvidar además, que la credibilidad de los naturalistas dependía en gran medida del poder de la institución europea en la que trabajaban.

Entre la visualización que clasificaba (notable ejercicio el de Nieto al involucrar el análisis de las características de los pintores de las expediciones, y de las características estilísticas de sus dibujos) y la movilización física de los objetos naturales, se consolidó el proceso de apropiación de la naturaleza a partir del centro metropolitano

Igualmente notable resulta en el libro la vinculación de los procesos de catalogación, representaciones artísticas y desplazamiento de la naturaleza con el poder de las clases sociales: “Estos trabajos eran generalmente demasiado caros para el público y su distribución era limitada a algunos nobles, instituciones científicas y algunos pocos aficionados adinerados”. El objeto representado que entra a formar parte de las colecciones, ya sea transplantado, disecado, o simplemente dibujado sigue reglas comunes de disciplinamiento cuyo resultado es el artefacto arquetípico. El efecto, nos dice el texto, es que no interesa el medio natural ni la planta completa, ni las partes “no esenciales”, sino una parte, especialmente la de los órganos de fructificación.

Aquí el lector quisiera haber acompañado al autor en una mayor exploración de este tema de las partes y el todo que seguramente tendría una relación análoga en las representaciones de lo humano, de nuevo repitiendo procesos de ocultamiento que hacían viables los planes del asentamiento colonial. La obra de Pratt, de nuevo nos recordará por ejemplo, el famoso caso de la arqueologización de lo humano

que Humboldt en el siglo XIX va a promover como un mecanismo para insistir en la posibilidad de un mundo natural, prácticamente virgen donde realizar el ideal redentor del nuevo mundo para lo cual la parte (lo natural) de nuevo excluía la posibilidad de visualizar el todo (el mundo social) con claros fines de reinención del mundo americano.

El tema no es banal si recordamos con Fritjoj Capra en su trabajo sobre el mundo contemporáneo, cómo la delimitación visual diferenciadora de un árbol, por ejemplo, no tiene mayor sentido si esa supuesta unidad se visualiza como una continuidad entre “el árbol”, el aire la tierra, el agua, los nutrientes que están en permanente intercambio e interacción haciendo casi imposible establecer los límites de la entidad.

Representar, “descubrir”, nombrar los géneros y las especies no serían más que aplicaciones de los filtros de la época, filtros que no son más que los del imperio español en busca de sus propios remedios, para utilizar la metáfora que da el título a este libro.

Haciendo gala de un espíritu hermenéutico sólido, Nieto estudia un número de plantas medicinales y comerciales que despertaron interés entre los negociantes, los farmaceutas y la Corona: una especie de la canela, un té de Santa Fé, y algunas plantas con poderes contra las enfermedades venéreas, el reumatismo o con propiedades febrífugas y sobre todo la planta americana más famosa y controvertida, el árbol de la quina.

Lo notable de esta sección del libro es que estos procesos retan el concepto

de “descubrimiento” tan ampliamente asumido por nuestros imaginarios coloniales. El hallazgo de lo que ya existía pero no se conocía, dice Nieto, es por el contrario un proceso de traducción y legitimación en el cual estaban involucrados los nativos, viajeros, taxónomos, químicos y médicos.

El libro termina con un análisis de la influencia de los botánicos y médicos españoles sobre la cultura e historia de América, cuyo principal efecto fue la implantación de las prácticas científicas de la Ilustración en las colonias españolas. Más que un motor “pre-independentista” como solía nombrarse en la historia patria, el movimiento de las expediciones botánicas fue un poderoso instrumento para la introducción de una ideología emisaria de las políticas imperiales de España.

La Ilustración como una fuerza progresiva y aceptable se ha exaltado frecuentemente en la historiografía, y aquella idea de Mutis como el “oráculo del reino” es develada, casi desconstruida, por Nieto para hacernos ver que, precisamente, el oráculo es la agencia o el medio para que el dios hable, para que el poder imperial hable. La consistente desmitificación de Mutis, hacia el final del libro, contrasta con aquella visión que había imbuido al botánico con esa legitimidad propia y desusada del científico neutral.

Ya sabemos por diversos trabajos de historiadores nacionales y extranjeros que la posición de los criollos frente al mundo español fue siempre ambigua. Mencionemos los poderosos

mecanismos de hispanización a los que recurrieron los americanos para, curiosamente, afirmar su nueva condición independiente. Malcom Deas nos ha mostrado trazas de este proceso aún en el comienzo del siglo XIX en las prácticas de los presidentes gramáticos que, a través del purismo lingüístico afirmaban su ejercicio del poder. Ya antes, el racismo que buscaba la legitimación en la estructura de clases europea, y la búsqueda de una limpieza de sangre que partía de la diferenciación de castas del mundo colonial y se expresaba en el mundo republicano en las políticas excluyentes de migración racial, entre muchos otros ejemplos, mostraban la permanente ambigüedad que hemos mencionado.

En el mejor sentido de la continuidad del imperialismo sin el imperio, la mentalidad colonial se siguió reproduciendo, hasta la fecha según algunos autores, y los esfuerzos por importar la ciencia y apropiarse de la naturaleza, como formas de ejercicio del poder, no hicieron más que replicar la propuesta ilustrada que tan bien nos presenta el autor, manteniendo la permanente tensión entre lo local y lo foráneo, entre el reconocimiento del proceso “situado” y el que replicó una estructura del poder que insistió en la mirada dual de la exterioridad imperial.

Para terminar, el libro de Mauricio Nieto marca un punto de partida en la historia de la ciencia en Colombia, especialmente por su carácter crítico y actualizado, y es un ejemplo valioso de lo que es un trabajo intelectualmente propositivo y estéticamente estimulante.